

CAPITULO V.

ABANDONO DE TAMPICO

CAMBIO DE LA BASE DE OPERACIONES.

MIENTRAS el gobierno de los Estados-Unidos, despues de la toma de Monterey, aprobaba el plan de campaña del general Scott, que consistia en cambiar la base de operaciones, pasando el teatro de la guerra del Norte al Oriente, el general Santa-Anna que organizaba en San Luis el ejército que condujo á la Angostura, daba órdenes al comandante de la plaza de Tampico para que sin pérdida de momento la abandonase, dejando así al enemigo un punto que éste se aprestaba á tomar á viva fuerza por su importancia para el nuevo plan de sus operaciones sucesivas.

El puerto de Tampico de Tamaulipas en la costa de barlovento de este Estado, ha sido siempre considerado como uno de los mejores del Seno, y su importancia, así mercantil como militar, hizo que el gobierno de México lo atendiese de preferencia, poniéndolo en un regular estado de defensa. Su poblacion, situada en la márgen izquierda del Pánuco, á dos leguas de su desembocadura, y cercada de la laguna del Carpintero, forma un punto verdaderamente militar reconocido ya de antemano, y célebre por nuestra defensa contra las tropas españolas en el año de 1829.

Tan luego como los amagos de invasion por parte de los Estados-Unidos fueron ya manifiestos, cuando las tropas de Taylor avanzaban ya sobre el Bravo, el gobierno de México pidió informe al comandante general del estado que guardaba la plaza. Este, que lo era el general D. Anastasio Parrodi, manifestó que las fortificaciones de toda clase habian sido demolidas en el año de 1837, por haberse considerado útiles solo para abrigar y prestar un punto de defensa á los perturbadores del orden público que en ese entonces pululaban allí; y que en consecuencia, los medios de defensa con que se contaba eran ningunos, si se consideraba ademas la falta de tropas. Con este informe, el gobierno, que conocia bien la importancia de la plaza, remitió algunas cantidades, con las que si no se aprestó toda la defensa de que el punto era capaz, sí se puso en estado de haber resistido de una manera quizá ventajosa al enemigo, para quien llegó á ser eminentemente codiciable. Se hicieron marchar, ademas, tropas que se proveyeron de abundantes municiones y de los recursos suficientes; de suerte que á principios de Octubre de 1846, la guarnicion de la plaza de Tampico se componia de mas de 1.000 soldados de los batallones 12.º de línea, Activo de Puebla, Guarda-Costa de Tampico, Compañía Veterana del mismo, una compañía del 6.º, caballería de Tamaulipas, un destacamento de artilleros con veinticinco cañones de todos calibres, de campaña y plaza, y con abundante material de parque; y de la Guardia Nacional, compuesta de cerca de 2.000 ciudadanos llenos de entusiasmo y dispuestos á combatir, como lo probaron suficientemente en el bombardeo de la barra del Puerto que la escuadra bloqueadora habia hecho en Junio del mismo año. Se contaba ademas, con tres buques de guerra, la "Union," "Poblana" y "Queretana," y con otras embarcaciones pequeñas, todas regularmente armadas.

Tal era el estado de las cosas en ese mismo mes de Octubre, cuando el general Parrodi, á quien el gobierno supremo habia dado orden de que se pusiese absolutamente á la disposicion del general Santa-Anna, y de que en todo lo relativo á la campaña obsequiase sus providencias, recibió orden del mismo supremo gobierno de entregar el mando de la plaza al general D. Francisco Garay que habia sido nombrado para reemplazarlo. Este, presente ya á principios del mismo mes en aquel punto, exigia que se le entregase el mando en los mismos momentos en que Parrodi recibia una orden terminante de

Santa-Anna para evacuar aquella plaza y replegarse con las tropas y trenes al pueblo de Tula de Tamaulipas, setenta leguas al interior de Tampico, detras de la Sierra Madre. Esta órden inesperada sorprendió á Parrodi, tanto mas, cuanto que en los esfuerzos que el gobierno habia hecho para poner aquella plaza en estado de defensa, y en la órden misma en que se le comunicaba el nombramiento de Garay para sustituirlo, veia claramente que la intencion del gobierno de México era defender á toda costa aquel punto. Es cierto que él habia ya manifestado otra vez que no estaba tan fuerte como seria de desearse; pero al mismo tiempo habia manifestado y estaba convencido de la necesidad y de la posibilidad de una defensa. La posicion de Parrodi era tanto mas crítica, cuanto que el descontento que se manifestó al saberse la órden de evacuacion fué general: el pueblo todo, los soldados mismos comenzaron á murmurar, y de las murmuraciones se pasó hasta proferir la voz de "traicion," voz que cundió por toda la república, y á la que, si la gente sensata y pensadora no dió oídos, por creer aquella órden efecto mas bien de un mal combinado plan de campaña, se necesita, no obstante, de toda la fuerza de los documentos auténticos para desvanecerla.

Personas notables de la poblacion y algunos cónsules extranjeros hicieron presente á Parrodi los perjuicios así públicos como particulares que causaria la desocupacion, pues al paso que se abandonaba un punto tan importante para la defensa del país, se causaban daños ircalculables al comercio y á la misma hacienda pública, por los derechos que se dejarian de percibir, ya no tanto de los buques que llegasen, pues el bloqueo lo impedia, cuanto de los cuantiosos derechos de internacion de la multitud de efectos que habia almacenados en aquella plaza. El mismo gobernador, Nuñez Ponce, que se hallaba allí de paso, hizo observar á Parrodi el peligro que se corria en abandonar la plaza, y le ofreció recursos para sostenerse; en fin, las cosas llegaron hasta haber asomos de una conspiracion, que tenia por objeto desobedecer la órden de Santa-Anna. En tal conflicto, Parrodi, que se veia no obstante escudado, con la órden del gobierno de obedecer á éste en todo lo relativo á la campaña, no encontró otro medio que el de dirigirle un extraordinario violento con una comunicacion, en la que le manifestaba cuantos inconvenientes se le habian hecho pulsar, y cuantos peligros se le habia hecho ver correria la poblacion, así como lo importante de aquella defensa para la causa que



GENERAL AMPUDIA

lit de P. Blanco.

se defendia; pero Santa-Anna indignado de esta resistencia, no hizo mas que repetir sus órdenes, haciendo á Parrodi responsable personalmente de lo que aconteciese en caso de una desobediencia, y aun fijándole el tiempo preciso para la desocupacion. Parrodi entonces, sordo á cuantas observaciones se le hicieron, se decidió á obedecer ciegamente, y el 27 de Octubre abandonó aquella guarnicion á Tampico como en precipitada fuga.

Los preparativos de este abandono ofrecieron el espectáculo mas desconsolador; la precipitacion presidió á todo, y el resultado fué la pérdida de gran parte de lo que existia en municiones y armas en aquella ciudad; pérdida por otra parte casi indispensable, pues que para llevarlo todo se habrian necesitado mas de ochocientas bestias de carga, que era imposible reunir en medio de tanta confusion. Por otra parte, el camino que debia llevar Parrodi era áspero y cerrado, pues el de Tampico á Tula solo puede pasar por carretero hasta la hacienda del *Chamal*, donde se tiene ya que pasar la cuesta del mismo nombre para llegar á Santa Bárbara, y donde es ya preciso desarmar la artillería para conducir á manos de hombres, tanto el cureñaje como los cañones mismos, pues cinco leguas adelante cruza la Sierra Madre, y se tiene que encumbrar las escarpadas y elevadas cuestas del *Contadero* y los *Gallitos*. Así es que en los preparativos de aquella fatal marcha, se comenzó por demoler los puntos artillados de la Barra, lugar situado en la desembocadura del rio: se desmontaron y condujeron á los buques los diez cañones que se hallaban en el *Promontorio*, punto situado al N. E. de la ciudad en el llano del *Espartal*, y á la márgen de la laguna del *Carpintero*, en el cual se habia construido una obra cerrada que enfilaba al rio en su curso al mar, y capaz de contener de trescientos á cuatrocientos defensores. Esta obra no se demolió entonces por la premura del tiempo, pero poco despues fué destruida. Se destruyeron asimismo las obras construidas sobre el pequeño canal que hace comunicar la laguna con el rio, y sus cañones se trasladaron á los buques. Asimismo fué demolida la línea de defensa establecida en una de las dos entradas de tierra, y cuyos extremos se apoyaban en la laguna en los baluartes *Landero* y *Guerrero* y en el fortin *Libertad*. Para la conduccion del parque y trenes solo se consiguieron trescientas mulas; y como era imposible cargar con todo, muchos efectos se trasladaron á bordo, y otros, como vestuario, algun parque y armamento, que en medio de la precipita

cion se juzgaban inútiles, fueron arrojados al agua á la vista del pueblo mismo, que con esto juzgaba confirmada su sospecha de traicion. En estos momentos el comandante general exigió que se le entregasen los fusiles de ejército que tenia la Guardia Nacional; mas como se creia que se hiciera lo mismo que con los otros, hubo gran resistencia, y solo por medio de la fuerza se pudo lograr que se entregasen. Al capitán del puerto D. José Rivera tocó salvar todo lo perteneciente á la capitanía, que al fin se perdió, porque en aquellos momentos era imposible cuidar de los botes, falúas, &c., á las que se habia trasladado todo aquello. Los buques *Union*, *Poblana* y *Queretana*, cargados con todos los útiles que se podian salvar, fueron puestos á disposicion del cirujano D. Francisco Marchante, quien debia conducir todos esos útiles del Pugal á Tamonal, cincuenta leguas rio arriba (por el rio Tâmesis) y á siete de Villa de Valles, desde donde debian llevarse al pié de la sierra y luego á Tula; mas como aquellos buques no podian navegar sino hasta el pueblo de Pánuco, situado á la márgen derecha del rio del mismo nombre, se dió orden para que de allí se trasladasen todos los útiles á canoas, pequeñas embarcaciones que con mas facilidad podian seguir subiendo el rio: los tres buques mencionados debian volver inmediatamente á Tampico, por haber sido vendidos de antemano á un comerciante, único medio de evitar su pérdida. Concluida toda esta destruccion y terminados estos tristes preparativos, el 27 salió de la poblacion la primera seccion de tropas, y el 28 la segunda con el comandante general, el parque y municiones que pudieron cargarse.

Las oficinas de hacienda que no tenian órdenes ningunas del gobierno para este caso, se hallaban en la mayor confusion: el administrador de la aduana, poco despues de la salida de la guarnicion, se marchó con algunos de sus empleados y lo mas interesante de su archivo, al pueblo de Ozuluama, rumbo de México: el administrador de rentas siguió á la division haciéndole el pago de sus haberes, y el de tabacos permanecié en la plaza, habiendo embarcado antes sus existencias. Los mas de los archivos de estas oficinas quedaron abandonados y cayeron luego en poder del enemigo.

Santa-Anna entre tanto, impuesto de las ocurrencias de Tampico, de las resistencias que su mandato habia experimentado, y temiendo por las observaciones que Parrodi le habia hecho, que éste desobedeciese sus órdenes, ó que al menos no verificase la desocupacion con la

prontitud que tanto parecia convenir á sus planes, nombró al general D. José Urrea, para que saliendo precipitadamente y á marchas forzadas, fuese á relevar á Parrodi. Urrea salió en efecto, y en una marcha asombrosa de tres dias, encontró el 29 á la guarnicion en el punto de la Laguna de la Puerta, en donde Parrodi le entregó el mando sin la resistencia que poco antes habia opuesto á Garay. La division continuó su marcha por Horcacitas y Santa Bárbara hasta llegar á Tula, adonde entró el 14 de Noviembre, no sin haber experimentado grandes dificultades para pasar las piezas ligeras que conducia, por las cuestas del *Chamal*, *Contadero* y *Gallitos*. No habia sido tan feliz Marchante, quien estaba detenido en Pánuco, sin los recursos suficientes, sin tropa, y sin encontrar las pequeñas embarcaciones de que tenia necesidad para poder llevar adelante los interesantes objetos que se le habian encomendado.

Al principio indicamos lo importante que Tampico habia llegado á ser para el enemigo, segun su nuevo plan de operaciones, y cómo estaba ya casi decidido á apoderarse de él á viva fuerza. Esto lo hacia estar en constante observacion, y con este objeto sus bergantines de guerra cruzaban frecuentemente la barra. Uno de estos, impuesto de lo que habia pasado en la plaza y despues de haber observado perfectamente todo, dió vela en el acto hácia donde se encontraba el comandante de la escuadra bloqueadora de Veracruz, llevándole la agradable noticia del abandono de Tampico. Indecible debió de ser el gozo que éste recibió con ella, pues sin sacrificio ninguno de su parte eran ya dueños de un punto que tanto codiciaban. Se apresaron inmediatamente fuerzas, y el 10 de Noviembre desembarcaron en Tampico de 400 á 500 americanos á tomar pacífica posesion de la llave de la capital de la República Mexicana, que nuestra impericia, sin duda, les abandonaba. El ayuntamiento se presentó ante el gefe americano pidiendo garantías para la poblacion; pero éste, en medio de la embriaguez de una victoria tan fácil, concedió unas y negó las mas. Nombró en el acto un gobernador militar, y exigió que se le entregasen los archivos, edificios públicos y armas de todas clases, para lo cual ordenó una formal requisicion; en una palabra, la omnipotencia de la conquista se hizo sentir bien pronto, pues no pasó mucho tiempo sin que el gefe americano desconociese á aquel ayuntamiento que casi le habia rendido homenaje, sujetando en un todo á la poblacion al esclusivo dominio militar americano.

Con horror correríamos un velo sobre el nombre de uno que otro infame que en Tampico se coligó con el enemigo, si su traicion no hubiera dado lugar á nuevos conflictos. Un llamado Cervantes impuso al gefe americano del punto en que se encontraban detenidos nuestros trenes, y de la facilidad que habia de apoderarse de ellos. Sabedor de ello el gefe americano, dispuso que cien hombres subieran el rio en lanchas cañoneras á dar alcance á Marchante, quien habria sido sorprendido, si el Sr. Cos, administrador de tabacos, que se habia quedado en la plaza, no hubiera dado aviso á éste por medio de un extraordinario violento. Marchante se hallaba todavia sin recursos y sin medios de conduccion, por lo que al saber esta noticia fué grande su conflicto. No obstante, haciendo esfuerzos inauditos logró procurarse algunas pequeñas embarcaciones, á las que inmediatamente trasladó lo que pudieron contener. Mas aquellas no bastaban para todo; así es que se vió precisado á abandonar diez cañones de á 24 y 18, y á arrojar al agua grandes barricas de pólvora, municiones y algun armamento. Inmediatamente abandonó aquel punto, al que á poco llegaron los americanos en su busca. Recogieron los cañones y cuantos efectos encontraron abandonados; y pensando sin duda en seguir tras de Marchante, pidieron informes al alcalde del pueblo, quien logró desanimarlos ponderándoles la distancia inmensa á que en aquellos momentos debia hallarse Marchante. Contentos, pues, con los despojos que habian hallado, regresaron á Tampico, en donde Cervantes instó de nuevo al general americano para que no abandonase la empresa, manifestándole que la pequeña expedicion habia sido engañada, y que Marchante debia encontrarse á poca distancia. Animado de nuevo, el gefe americano arregla otra expedicion mas formal; ordena que se armen dos vapores, tripulados cada uno con cien hombres, los cuales salieron sin dilacion á dar alcance á la flotilla de canoas que conducia Marchante; mas la casualidad hizo que aun esta vez su empresa quedase sin ningun éxito, no obstante las dificultades que Marchante tenia, pues la poca gente que llevaba se le desertaba por la falta de recursos. Luchando con todas estas dificultades, y solo dirigiéndose al patriotismo y humanidad de cuantos encontraba, pudo hallar quien le ayudase á llegar hasta el Pugal, mientras que los vapores enemigos, detenidos en su curso por causas naturales, solo alcanzaron á llegar al Tamonal, siete leguas mas allá del lugar antes mencionado. Despues de esto, ese mismo Cervantes denunció al gefe americano

como falsamente vendidos los tres buques *Union, Poblana y Queretana*, con lo que bastó para que éste se apoderase de ellos, enarbolando inmediatamente el pabellon de las estrellas.

Mientras el enemigo se empeñaba en hacer una buena presa de todos los materiales confiados á Marchante, el general Urrea, que extrañaba ya la tardanza de éste, dió orden y puso á disposicion del capitán D. José Antonio Diaz setecientos pesos para que trasladándose á cualquiera lugar en que aquel se encontrase, activara la conduccion de los importantes objetos que se le habian confiado. El citado Diaz, bien remiso en su comision, se contentó con trasladarse á Villa de Valles, en donde sin hacer grandes diligencias ni pesquisas, aguardaba tranquilo la llegada de Marchante. Instruido entre tanto Urrea de cuanto le habia acaecido por cartas de Tampico, vió el peligro mucho mas inminente de lo que hasta allí se lo habia imaginado, y pensando ya solo en reparar el mal que se habia hecho en abandonar á Marchante, cuando se le encargaba de una comision de tanta importancia, ordenó que el comandante D. José Barreiro saliese inmediatamente con una seccion de 200 hombres de infantería y un piquete de caballería, á proteger el desembarque de nuestros trenes. El 28 de Noviembre salió en efecto Barreiro de Tula con instrucciones para dirigirse al punto en que se encontraba Marchante, proteger el desembarque, activar la conduccion de los trenes, y residenciar, en caso de necesidad, á todos los oficiales que hubiesen tenido parte en producir la demora que habia dado lugar á tanto peligro. Llegado á Valles, Barreiro reunió á su pequeña division mas de setecientos hombres de la Guardia Nacional y labradores de las cercanías, con lo que pudo destacar fuerzas en todas direcciones, y él se dirigió inmediatamente al Pugal, situado á la márgen del rio, en donde se encontraba ya Marchante. El enemigo, que como antes dijimos, habia llegado en sus vapores hasta el Tamonal, instruido allí de la respetable fuerza que habia acudido en auxilio de Marchante, no quiso aventurarse á un éxito desgraciado en su expedicion, por lo que despues de haber pillado las pequeñas poblaciones y rancherías de aquellos contornos, regresó á Tampico. Una vez en el Pugal, Barreiro activó el desembarque, hecho el cual (1.º de Diciembre) se aprestó todo para la conduccion de trenes y materiales á Tula. Esto ofreció mil dificultades por la aspereza de un camino por donde jamas habia transitado artillería; mas el trabajo y la paciencia lograron ven-